

tra las clases pobres. Sin embargo, el Gobierno encontró un recurso para establecer su economía. Llamó a una comisión de yanquis, que después de haber arreglado "soit Disant" las finanzas de Chile y el Ecuador, se paseaba por el Pacífico. En efecto, llega la comisión yanqui, presidida por Kemmerer, doctor en finanzas y con muchas otras campanillas. Se encierran durante dos meses en una reserva absoluta; estudian los problemas económicos del país retribuidos ampliamente por una suma que no variaba entre ochenta y noventa mil dólares, y al final, elevan un informe sobre la situación financiera, indicando en primer término el alza de tarifas sobre artículos de primera necesidad. También tiene buen cuidado la comisión de financieros de advertir cuáles de los productos americanos son competidos por sus similares europeos y aconseja elevar los impuestos de aduanas para esos artículos. Sobre las minas no hablan una sólo palabra. De esto era lo que debían hablar. Precisamente radica toda la economía de Bolivia en sus minas. Aconsejan nuevos impuestos para los artículos de primera necesidad que consume el pueblo y olvidan intencionalmente las minas sobre las que reposa la economía del país. He aquí un método simplista y desconocido. Pero es fácil advertir donde está la incógnita de este asunto. El Gobierno, en virtud de un préstamo de Patiño, está a su discreción. Una cláusula explícita — aunque sea inconstitucional — advertirá al Estado, que no le puede gravar con nuevos impuestos hasta 1932. Entonces la famosa comisión yanqui presidida por Kemmerer, se concretó a callar y sonreír, a tomar el asunto económico por las ramas y embolsillar los ochenta mil dólares, dirigiéndose inmediatamente a otro país suramericano de igual bobería que Bolivia, que tenga necesidad de arreglar sus finanzas.

Pero el Gobierno de Bolivia, a cuya cabeza está el pequeño Siles, se ha ido más lejos. No satisfecho con entregar las aduanas a los yanquis; los co-

rreos y telégrafos a una compañía inglesa,—"Marconi"—; insaciable de su sed de contratar empréstitos, ignorante de la capacidad financiera del país, no le queda otra cosa que arrendar al mejor postor la "banda presidencial", con lo que legalizaría ampliamente su política suicida. Tengo razón, pues en decir que el puesto de "presidentillo" de Bolivia, está subordinado a los yanquis en primer lugar, y a Patiño y Aramayo después. No representa el presidente al Estado, sino a un grupo de capitalistas, y contra los intereses de la mayoría.

Esta situación, explicada y revisada en sus menores detalles, no tiene otra solución que la "NACIONALIZACION DE LAS MINAS". Pero esta nacionalización no puede ser un efecto de gobiernos interesados en sostener una minoría parásita. No se puede tener esperanza de parte del Parlamento que representa una ficción democrática; diputados elegidos directamente por el Gobierno o por las empresas. Disminuído el papel de Parlamento, desacreditado como representante legal del pueblo, es apenas hoy, un asilo de empleados de Gobierno sin ideas propias y sin responsabilidad alguna. Tal vez, en ocasiones excepcionales se cuele en su seno alguno que otro hombre independiente, pero estos que se cuelean, apenas tienen una mentalidad "pequeño-burguesa-liberal", tímidos y prudentes, que confían todo el problema a la evolución pacífica y milagrosa, contra todas las reglas biológicas. Esa gente "filantrópica" y que engaña al pueblo, no sospecha seguramente que esa evolución de que tanto hablan, es contenida—será siempre contenida—todo el tiempo que se pueda, por la minoría usufructuaria le todas las riquezas, y por el Gobierno, servidor incondicional del capital extranjero y nacional.

La NACIONALIZACION DE LAS MINAS tiene que ser un fenómeno revolucionario que fatalmente tiene que presentarse en Bolivia. El Gobierno actual o todos los gobiernos, no podrán jamás curar la crisis eterna sino